

# Dr. James S. Spiegel, Ética cristiana, Sesión 15, La pena capital

© 2024 Jim Spiegel y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. James Spiegel en su enseñanza sobre la ética cristiana. Esta es la sesión 15 sobre la pena capital.

Bien, el próximo tema que vamos a tratar es la pena de muerte y la pena capital. Comenzaremos analizando algunos casos legales que son importantes en la historia de la pena capital en los Estados Unidos y luego abordaremos la cuestión moral.

¿Es la pena de muerte una forma de castigo justificable? En 1972, el caso Furman contra Georgia dictaminó que la pena de muerte, tal como se aplicaba en aquel momento, era inconstitucional en un caso de castigo cruel e inusual. En aquel momento, las formas de pena capital eran la electrocución, la silla eléctrica, la cámara de gas, el ahorcamiento y el pelotón de fusilamiento. Esto fue antes de la inyección letal.

Curiosamente, la decisión del Tribunal Supremo fue tomada por una mayoría de 5 a 4, pero ninguno de los argumentos principales que utilizaron o afirmaron estos cinco jueces coincidieron entre sí. Por lo tanto, hubo cinco opiniones mayoritarias diferentes escritas en defensa de esta decisión, pero todas coincidieron en que la pena de muerte era inconstitucional porque, en cualquiera de estos modos de aplicación, era un castigo cruel e inusual. Bueno, esa prohibición de la pena de muerte duró solo cuatro años.

En 1976, hubo otra decisión de la Corte Suprema, Gregg v. Georgia, en la que el tribunal dictaminó que la pena de muerte no es necesariamente inconstitucional por varias razones. En primer lugar, puede estar de acuerdo con los estándares de decencia, puede servir como disuasivo y no se aplica de manera arbitraria. Por lo tanto, se trata simplemente de esa breve pausa en la historia de la ley estadounidense con respecto a la autorización o concesión de la pena de muerte.

Aunque, como ya sabemos, ha habido y hay muchos estados en nuestro país en los que no se aplica la pena de muerte, sino que se deja en manos de los estados la decisión. En el caso McCluskey contra Kemp, en 1987, el tribunal dictaminó que la pena de muerte no es inconstitucional a pesar de que los asesinos de blancos tienen muchas más probabilidades de ser ejecutados que los asesinos de negros. Este es un argumento que, como veremos, se esgrime a menudo a favor de la eliminación de la pena de muerte.

A continuación se presentan algunas estadísticas sobre las ejecuciones en Estados Unidos desde Gregg v. Georgia desde 1976 hasta 2019. De los ejecutados, el 56 %

eran blancos, el 34 % negros y el 9 % hispanos. Las víctimas de estos crímenes, el 76 % eran blancas, el 15 % negras y el 7 % hispanos.

Entre los ejecutados, sólo 16 eran mujeres. Resulta útil comenzar nuestro análisis de la pena capital enmarcando el tema en un concepto general de lo que es el castigo en general. Los filósofos Olin y Berry han dado lo que yo llamaría la mejor definición de castigo, la definición general de castigo que he visto.

En general, definen el castigo como el dolor o daño infligido por una autoridad legítima a una persona que ha sido juzgada culpable de violar una ley o una norma. Por lo tanto, si esta es una buena definición general del castigo, entonces debe aplicarse en todos los contextos en los que hablamos de castigo, ya sea castigar a alguien por algún tipo de delito grave o menor o algo como violar una ley de tránsito o violar una norma dentro de una institución o un castigo dentro de un contexto familiar. Por lo tanto, utilizamos la palabra castigo y aplicamos el castigo en todos estos diferentes contextos y en todos estos diferentes niveles de la sociedad.

¿Es aplicable esta interpretación del castigo en todos estos casos? Creo que sí. Es el dolor o daño infligido por una autoridad legítima a una persona que ha sido juzgada culpable de violar una ley o una norma. A continuación, podemos preguntar cuál es la mejor teoría general del castigo o la más apropiada en términos de su propósito. De nuevo, esto puede aplicarse también al castigo en todos los niveles, al igual que todas estas teorías del castigo.

El disuasivo sostiene que el castigo se aplica para disuadir la mala conducta, tanto del comportamiento del delincuente en un caso determinado, de alguien que está siendo castigado, como de otros que podrían verse tentados a cometer el mismo tipo de delito o acción ilícita. Por lo tanto, el desincentivo sostiene que el castigo tiene como objetivo disuadir o desalentar la mala conducta. El reformista o rehabilitador sostiene que el castigo tiene como objetivo rehabilitar al delincuente para convertirlo en un miembro productivo y respetuoso de la ley de la sociedad.

Y, por último, está el retribucionismo, que es la opinión de que el castigo se aplica porque el infractor lo merece en primer lugar. Es una respuesta justa y equitativa que respeta la autonomía del infractor así como el valor de la víctima. Así pues, esas son tres orientaciones generales sobre el castigo, y no creo que haya que afirmar una excluyendo a las demás.

Por lo general, los pensadores sobre este tema tenderán a enfatizar uno por encima de los demás, pero uno puede ser retribucionista, por ejemplo, y sostener que el propósito principal del castigo es darle al castigo lo que se merece. El castigo es una respuesta justa y equitativa al delito, que también tiene un efecto disuasorio como una especie de efecto secundario positivo o función secundaria, y que también puede servir para reformar al malhechor o criminal. Tradiciones morales, teorías

morales y sus enfoques generales sobre la pena capital, solo para destacar algunos de ellos.

El utilitarista justificará o condenará la pena capital o el castigo en sí o en general basándose en los beneficios o daños que pueda traer a la sociedad. Por lo tanto, el utilitarista favorecerá consideraciones de disuasión, así como de rehabilitación, cuando se trata del castigo. Cuando se trata de la pena capital, la rehabilitación está ciertamente fuera de cuestión, pero la disuasión puede ocupar un lugar destacado en el apoyo del utilitarista a la pena de muerte, si es que la apoya.

En la ética kantiana, la pena capital suele justificarse sobre la base de la autonomía personal, la idea de que la pena de muerte respeta la voluntad del infractor. Muchos kantianos argumentarán de esa manera, lo que también está en consonancia con la forma en que el filósofo Hegel defendió la pena capital: básicamente, se trata de alguien que ha elegido quitarle la vida a otra persona y, al hacerlo, también está eligiendo morir él mismo. Básicamente, está proclamando a las autoridades legales: "Quítenme la vida".

He matado a esta persona. Mátenme a mí también. Eso es lo que la persona elige al matar. Por lo tanto, ese sería un enfoque más kantiano, que favorecería la pena de muerte.

En lo que se refiere a la ley natural y la teología moral, en esta tradición habrá una justificación o una condena de la pena capital basándose en consideraciones sobre la santidad de la vida, especialmente. Y hay desacuerdo dentro de esta tradición, dentro de la tradición judeocristiana, sobre si la pena de muerte, la pena capital hoy en nuestra sociedad, debería ser utilizada. Así que veamos los argumentos a favor y en contra, y he planteado esto de tal manera que un importante defensor de la pena de muerte y un importante crítico de la pena de muerte están esencialmente debatiendo sus argumentos, aunque los artículos de los que he extraído sus argumentos en realidad no se enfrentan entre sí.

Lo he planteado de tal manera que parezca un diálogo, porque tratan los mismos argumentos. Un gran crítico de la pena capital es Hugo Badal, que destaca el problema de la distribución desigual de la pena, que muchos otros han puesto de relieve. La injusticia que supone que los asesinos de blancos tengan más probabilidades de recibir la pena de muerte que los asesinos de minorías.

Y parece ser estadísticamente significativo. Entonces, ¿no debería eso alejarnos de la pena capital porque se aplica de manera tan desigual? Si vamos a tener una situación injusta en términos de aplicación cuando se aplica la pena de muerte, entonces no deberíamos tenerla en absoluto. Un gran defensor de la pena de muerte es Ernest Van Dam Haag.

Su respuesta a este argumento es que la aplicación desigual de la pena de muerte no significa que la pena capital sea injusta en sí misma, sino que demuestra que debemos aplicarla con más cuidado y prestar mayor atención a cómo se trata a los asesinos de blancos en comparación con los asesinos de minorías. Otro argumento que esgrime Badal apela a este problema de los errores judiciales porque se ejecuta a algunas personas inocentes.

Y lo sabemos porque ha habido muchas, muchas personas que han estado en el corredor de la muerte y que luego han sido exoneradas. Si no hubiera sido por los años y años de apelaciones que se interpusieron para evitar su ejecución final, habrían sido ejecutadas antes de que se descubriera su inocencia. Así que, sin duda, ha habido muchas personas inocentes que han sido condenadas injustamente y que han sido ejecutadas.

Y esa es una tragedia que debe evitarse en cualquier caso. Por eso dice que debemos poner fin a la pena de muerte porque, si hacemos los cálculos en función de todos los casos de exoneración y descubrimiento de condenas injustas, la mejor estimación es que aproximadamente cuatro veces al año, una persona inocente es condenada por asesinato. Y, de nuevo, en muchos casos, o al menos en algunos casos, podemos estar seguros de que terminan en el corredor de la muerte y, en última instancia, son ejecutados.

La respuesta de Van Den Haag a esto es que hay muchas actividades humanas en las que mueren personas inocentes, pero no las detenemos por eso. Simplemente entendemos que es una consecuencia desafortunada, por ejemplo, del transporte de alta velocidad. Hay miles, varios miles de muertes cada año en las carreteras y autopistas estadounidenses.

Pero todavía no he oído a nadie argumentar que no deberíamos conducir o que deberíamos hacerlo, o incluso que deberíamos reducir significativamente el límite de velocidad en las autopistas. Nunca he oído ese argumento. Ni a la gente que trabaja en las obras de construcción.

Hay personas que trabajan en edificios de gran altura o en otras situaciones peligrosas relacionadas con la construcción y que mueren cientos o miles de personas por lesiones graves cada año. Y muchas personas mueren cada año en esos contextos, pero no lo prohibimos. No decimos: "Bueno, no tengamos edificios altos".

Eso salvaría muchas vidas, pero decimos que es algo que va con el tiempo. Suena cruel, pero queremos nuestros edificios altos.

Queremos maximizar el espacio inmobiliario y queremos poder conducir rápido y todo lo demás. Así que sí, cada año, tres, cuatro o cinco mil personas van a morir en accidentes automovilísticos. Es una lástima.

De nuevo, puede parecer algo cruel, pero es el tipo de intercambio que hemos hecho por el bien de la libertad y la conveniencia. Así que, en este contexto, bien, supongamos que algunas personas mueren. Personas inocentes mueren año tras año debido a condenas injustas.

Luego están otros que están en prisión y que no necesariamente pagan la pena de muerte, pero sabemos que hay mucha gente inocente en prisión. Pero ¿qué van a hacer? ¿Dejar de encarcelar a la gente? ¿Acabar con el sistema de justicia penal? Dicen que, bueno, como con la construcción y el transporte, es lamentable, pero, ya saben, es simplemente una triste consecuencia de todos estos diferentes aspectos de una sociedad civil. Así que ese es un argumento interesante como respuesta.

Otro argumento que esgrime Bedau es el que apela a la idea de que la pena de muerte no tiene tanto efecto disuasorio como podría parecer. Mucha gente sostiene que, con la pena de muerte, la gente tendrá menos probabilidades de cometer delitos punibles con la pena capital. Pero, ¿dónde está la evidencia estadística concluyente de que la pena capital es un mejor efecto disuasorio que la cadena perpetua? Por lo tanto, no se trata de la pena de muerte frente a la no imposición de pena alguna.

Está claro que es un elemento disuasorio mejor que la falta de pena en el caso de delitos graves. La cuestión es si la pena capital es un elemento disuasorio mejor que, por ejemplo, la cadena perpetua sin libertad condicional, y eso no se ha demostrado.

La respuesta de Van Den Haag apela a hechos básicos sobre la psicología humana. Dice que la experiencia demuestra que cuanto mayor es la amenaza y la pena, más disuade. Pero insiste en que responder de esta manera es, en realidad, tratar con el disuasivo en sus propios términos, algo que nosotros no tenemos por qué hacer.

No necesitamos demostrar que la pena capital tiene un efecto disuasorio mayor que la cadena perpetua, porque el principal argumento a favor de la pena capital no es la disuasión ni ninguna otra consecuencia positiva, sino la justicia. Una persona que le quita la vida a otra debe pagar con su propia vida. El castigo debe ser igual al crimen. Esa es la respuesta de Van Den Haag a ese argumento.

Por último, Bedau presenta un argumento basado en esta preocupación utilitarista del costo.

La aplicación de la pena de muerte supone una enorme carga financiera, al menos en nuestra sociedad, donde la ley garantiza el debido proceso. Y se presentan apelaciones una tras otra, y muchos de estos casos han llegado hasta el Tribunal Supremo. Pero incluso antes de eso, el proceso de apelación, en el que cada

apelación tarda, digamos, un año o más en procesarse, puede prolongarse durante una década o más.

De hecho, es habitual que las personas condenadas a muerte tarden diez o más años en ser ejecutadas, lo que supone una enorme carga financiera para el sistema de justicia penal. ¿Por qué no ahorrar a la sociedad, a nuestro gobierno y mucho dinero y hacer que la cadena perpetua sin libertad condicional sea el castigo máximo? Así nos libraremos de esta enorme carga financiera y, al mismo tiempo, eliminaremos la preocupación de que maten a personas inocentes.

Van Den Haag responde a esto diciendo que, una vez más, debemos tener en cuenta la alternativa y el costo de mantener a alguien en prisión durante 20, 30, 40, 50 años y alimentarlo y alojarlo en una prisión. Eso no es barato, mientras que al menos cuando se ejecuta a una persona, se ahorran todos esos costos. Así que, quién sabe, podría resultar que se tratase de un empate o de un costo bastante comparable en términos generales entre la cadena perpetua y la pena de muerte.

Así pues, hay una serie de argumentos filosóficos, argumentos filosóficos muy comunes, y pros y contras con respecto a la pena capital. Ahora, pasemos a algunos argumentos bíblicos a favor y en contra. A favor de la pena capital, se argumenta que el Antiguo Testamento prescribe la pena de muerte, como en Génesis 9, 6, donde Dios dice: El que derrame sangre humana por medio de seres humanos, su sangre será derramada, porque a imagen de Dios ha hecho Dios al hombre.

Así pues, la idea es que la pena de muerte es apropiada porque las personas están hechas a imagen de Dios. Sin embargo, una respuesta a esto es que ese es un uso inconsistente de la ley del Antiguo Testamento, ya que hay una serie de otros delitos que también justificaban la pena de muerte en el Antiguo Testamento, como la violación, el secuestro, el incesto y muchas otras formas de comportamiento a las que hoy ni siquiera consideraríamos aplicar la pena de muerte. Entonces, ¿por qué aplicamos selectivamente la pena capital al asesinato cuando no lo hacemos con todas estas otras cosas si queremos ser tan bíblicos al respecto? Además, hoy no vivimos en una teocracia como lo hacía el antiguo Israel.

Otro argumento a favor de la pena capital apela a un pasaje importante del Nuevo Testamento, específicamente en Romanos 13, donde el apóstol Pablo cita con aprobación un instrumento de muerte, la espada. Aquí hay una parte de ese pasaje, los versículos 4 y 5 de Romanos 13, donde Pablo dice que el que tiene autoridad es siervo de Dios para tu bien, pero si haces lo malo, teme, porque los gobernantes no llevan la espada sin motivo. Son siervos de Dios, agentes de ira, para traer castigo sobre el malhechor.

Por lo tanto, es necesario someterse a las autoridades, no sólo por el posible castigo, sino también por una cuestión de conciencia. Por eso, cita específicamente la espada en este contexto. ¿Qué es la espada? No se azota a la gente con la espada.

No se les golpea con la mano, se mata con la espada, que es un instrumento de muerte.

Muchos considerarán que este pasaje en particular es un respaldo implícito a la pena de muerte. En respuesta, muchos argumentan, y señalan con razón, que el contexto de este versículo no son los crímenes capitales, sino los impuestos y la obediencia a los gobernantes. Él lo usa como una ilustración de por qué debemos someternos a las autoridades gobernantes.

de Pablo , o tal vez ni siquiera le interese en absoluto. Por lo tanto, esa es la respuesta estándar a este argumento. En cuanto a los argumentos contra la pena capital desde un punto de vista bíblico, una línea de razonamiento apela al énfasis bíblico en la misericordia, que vemos en múltiples lugares a lo largo de las Escrituras.

Jesús dice: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia en Mateo 5. Y en Juan 8, en esta fascinante historia sobre Jesús y esta mujer que ha sido sorprendida en el acto de adulterio, Jesús parece negarse a aplicar la ley del Antiguo Testamento a su caso. Recordemos que esta mujer es llevada ante Jesús, quien ha sido sorprendida en el acto de adulterio. Los fariseos le dicen: ¿Qué dices, maestro? La ley dice que la matemos.

¿Cuál es tu opinión? Está escribiendo en la tierra. Al principio no responde. Le repiten la pregunta.

Finalmente, se pone de pie y les habla. Finalmente, les dice que aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Y uno por uno, desde el mayor hasta el menor, dejaron caer sus piedras y se fueron.

Es una historia poderosa, claramente un acto de misericordia. Y luego le habla a la mujer y le dice: ¿A dónde se han ido los que te condenan? Ya no queda nadie que te condene.

Y luego dice: “Yo tampoco te condeno. Ahora vete y deja tu vida de pecado”. No la libera del todo.

Es una orden muy fuerte de arrepentirse. Y usted sabe que esto debe haber tenido un profundo efecto en ella. Él le ha mostrado misericordia, pero le ha dicho que necesita arrepentirse y dejar su vida de pecado.

Una historia poderosa. Pero, en particular, no ordena ni aprueba que estos líderes religiosos la lapidaran, aunque ellos querían hacerlo. ¿Qué podemos decir en respuesta a eso? Muchos responderán señalando que eso no excluye la pena capital.

No demuestra que Jesús estuviera en contra de la pena de muerte. En este caso, argumentar o sugerir que Jesús no se atenía a la ley del Antiguo Testamento es simplemente un error, porque si se aplicara la ley del Antiguo Testamento en ese caso, el cómplice de la mujer en el crimen moral tendría que estar presente.

¿Dónde está? Como dijo una vez Bob Dylan, no puedes hacer el amor solo. Ella tenía que tener un cómplice en este crimen moral. El hecho de que él no estuviera allí con ella, para ser juzgado por ella, demostraba que ya se estaban desviando de la norma del Antiguo Testamento.

Por lo tanto, el hecho de que Jesús la dejara ir no fue simplemente una clara violación o abrogación de la ley del Antiguo Testamento. Por lo tanto, es un debate interesante. Esto se complica por el hecho de que ese pasaje de Juan 8 no se encuentra en los manuscritos bíblicos más confiables.

Sé que hay pastores que ni siquiera predicán sobre ese pasaje por esa razón. Sin duda, encaja con lo que sabemos acerca de Jesús, con el retrato que tenemos de él en los materiales del Evangelio. Es exactamente el tipo de cosas que él haría.

Pero el hecho de que los manuscritos más confiables no lo contengan hace que ciertos eruditos y pastores se lo piensen un poco. Hay que pensar un poco en cuánto confiar en eso, particularmente cuando se aplica a un tema como este. Siguiendo adelante, otro argumento en contra de la pena capital en las Escrituras apela a la idea de que las normas mosaicas prohibirían la aplicación actual de la pena de muerte, al menos en muchos casos.

Tal como lo estipulaba la ley del Antiguo Testamento, o tal como se abordaba esta cuestión de la pena de muerte, se requerían dos o más testigos, y los testigos oculares tenían que ayudar a realizar la ejecución. Se suponía que yo era el primero en arrojar las piedras, para iniciar la lapidación de la persona hasta la muerte. Y en nuestras aplicaciones contemporáneas actuales de la pena de muerte en este país, eso no es necesario.

No es necesario contar con dos o más testigos oculares. En algunos casos, sí es necesario, como en el caso de James Holmes, el asesino de la película Batman que asesinó a una docena de personas en un cine hace varios años.

Mucha gente lo vio, así que si lo condenaban a muerte, ese requisito en particular se cumpliría. Pero hubo muchos casos y mucha gente en el corredor de la muerte en todo el país que nadie vio.

Se trata simplemente de pruebas abrumadoras de otro tipo. Y, desde luego, no exigimos que los testigos oculares ayuden a tirar de palancas o a pulsar botones para iniciar la inyección letal ni nada por el estilo. La genialidad, la genialidad práctica de este requisito del Antiguo Testamento sobre la ayuda de testigos oculares para llevar a cabo la ejecución es que, si mienten, en ese proceso se vuelven culpables, no sólo indirectamente, sino directamente, de asesinar, de matar a una persona inocente.

Por no hablar del hecho de que sería más difícil mantener la historia falsa sabiendo que uno va a tener que participar en el asesinato de esa persona. En respuesta a este argumento, a menudo se dice que se trata de cuestiones de procedimiento que no tienen que ver con la justicia de la pena capital en sí. El principio de cadena perpetua, *lex talionis*, es algo que trasciende épocas y culturas.

En el Antiguo Testamento existían ciertos requisitos de procedimiento en relación con la exigencia de dos o más testigos y de testigos que contribuyeran al proceso mismo de matar al culpable. Pero eso es sólo un procedimiento. Lo principal es que esto es o puede ser, en muchos casos, un castigo justo por un crimen.

Además, se suele señalar que el requisito de dos o más testigos tiene que ver con la certeza. Es una garantía epistemológica de que se sabe sin ninguna duda que esa persona es culpable porque tenemos esos dos testigos. Tal vez hoy, con las pruebas genéticas, podamos establecerlo de manera definitiva, con tanta certeza como con un testigo ocular.

Sabemos que los testigos oculares pueden ser engañados o confundidos. Tal vez las pruebas genéticas, en algunos casos, sean aún más certeras y brinden más confianza en la culpabilidad de un individuo en particular. El testimonio de testigos oculares podría utilizarse en algunos casos.

Así pues, ahí está la respuesta. Ahí lo tenemos. Se trata de un repaso de los principales argumentos filosóficos y teológicos, tanto a favor como en contra de la pena de muerte.

Les habla el Dr. James Spiegel en su enseñanza sobre ética cristiana. Esta es la sesión 15 sobre la pena capital.